

Viajando con Megan Maxwell

**Un recorrido por los mejores
destinos de sus novelas**



Viajando con
Megan
Maxwell

**Un recorrido por los mejores
destinos de sus novelas**

ÍNDICE

Con la maleta (medio) hecha *Pág. 8*

REINVENTARSE EN INVIERNO

En Tenerife *Pág. 14*
Escapada con mis hijos a Múnich *Pág. 38*
Un viaje «imprevisto» a Nueva York *Pág. 56*

ENAMORARSE EN PRIMAVERA

Paseos en pareja por Madrid *Pág. 76*
Unos días con mi hija en Londres *Pág. 90*
Viaje de finde a Barcelona *Pág. 106*
Destino soñado: Marrakech *Pág. 122*



A stylized illustration of a woman with long black hair, wearing a black backless dress, looking to the left. In the top left corner, there are green palm fronds. The background is white with orange accents at the top and bottom.

APASIONARSE EN VERANO

Finde con amigas en Edimburgo
Como estrellas en Los Ángeles
Días de verano en Ibiza

Pág. 146

Pág. 164

Pág. 178

MIMARSE EN OTOÑO

Disfrutando con amigas en Santorini
Escapada —¿o huida?— sola o con
las amigas a las Highlands
Operación rescate: crucero por el
Mediterráneo

Pág. 196

Pág. 212

Pág. 230

Destino soñado: Hawái

Pág. 248

Y ahora... te toca a ti
Tu cuaderno de viajes

Pág. 270

Pág. 272

REINVENTARSE
EN
INVIERNO

Three red circles of varying sizes are positioned to the right of the word 'INVIERNO', partially overlapping the letter 'O'.



EN
TENERIFE



Playa de las Teresitas, Tenerife

¿No os pasa que a veces la llegada del invierno parece que viene de sopetón, como si, pese al calendario, el frío repentino y los días cortos os pillaran con la guardia baja? A veces, en esos días de anorak y bufanda en los que trato de abrir el paraguas contra el viento, no puedo evitar fantasear con el verano. Soy de las que adora el estío: un mojito helado en la tumbona de una playa, un brunch delicioso y con vistas mientras la mañana se pasa sin prisa... Incluso enfundarme en un neopreno —sí, sí, ¿por qué no? Para eso no hay edad— y lanzarme a hacer surf o kite o submarinismo o lo que sea. Algo que me llene el cuerpo de adrenalina y el pelo de arena y sal.

¿Os sucede como a mí?



TO

PUES que sepáis que cuando me pasa eso recuerdo que el verano eterno está a dos horas y media de Madrid. Mi casa. En avión, claro. El frío, las pistas de patinaje y las luces de Navidad son fantásticas cuando DESEAS de verdad que estén ahí. Que, oye, me gusta la Navidad. Pero si eres como yo, que te encanta disfrutar del sol, la playa y la tumbona, y de repente los tres meses del invierno se te hacen eternos y la cuesta de enero más cuesta que nunca, porque estás en uno de esos barbechos del amor, te voy a dar unos de mis secretos para buscarme un atajo que me permita llegar antes a la primavera (o el verano) con mejor humor..., y mejor color, por supuesto.

Tenerife.

En invierno Tenerife es temporada alta. Os lo digo desde ya. Hay que tenerlo en cuenta porque puede incidir en el precio de los vuelos, aunque no hasta extremos disuasorios. Os diré el por qué: todos los europeos de países fríos deciden que les sale más barato pasar el invierno en Tenerife que pagar el recibo de la calefacción. Y esto tiene una segunda lectura: todos los europeos de países fríos deciden que les sale más barato pasar el invierno en Tenerife que pagar el recibo de la calefacción.

No, no he dicho lo mismo. Solo lo he recalcado.

Porque esto incluye a aventureros de fuera de temporada, a moteros de paso, a nómadas digitales, a emprendedores de cualquier sector,





a inversores rusos, restauradores italianos, a senderistas alemanes y a jubilados ingleses.

Y exceptuando —quizá y depende del caso— a los jubilados ingleses, el resto conforma un colorido mosaico de acentos, intereses y presentes sin pasado que ya por sí mismo es un terreno óptimo para adentrarse a explorar.

Tenerife es un destino ideal para hacer una escapada sola —o con amigas— y dejarse llevar.

¿Os animáis?





Como reinas

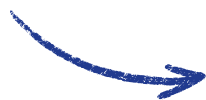
Alojarte en uno de los hoteles con todo incluido de la zona sur de la isla, especialmente en la Zona de Adeje, Playa del Duque, Costa Adeje, las Américas o los Cristianos, te hará sentirte como una reina inmersa en unas vacaciones exóticas dentro de tu propio país. Las palmeras, el mar, el chiringuito de la piscina y las múltiples lenguas que se hablan a tu alrededor te transportarán irremediamente al Caribe. Si buscas una sensación similar, pero en el mismo corazón de la capital, no te pierdas las instalaciones del **Iberostar Gran Mencey** en Santa Cruz de Tenerife. El desayuno bufé en sus jardines es de esos que te reafirman que tu decisión de empezar la dieta se aplaza... a cuando ya estés en casa.



A comerse la isla

El mejor plan es cuando no hay plan. Alquila un coche en los aeropuertos Tenerife Norte o Tenerife sur a tu llegada para tener libertad absoluta a la hora de moverte por la isla. **CICAR** o **AUTOREISEN** son compañías económicas que te darán todo tipo de facilidades. Una vez a bordo, empieza con algo apetecible y ligero. ¿Qué mejor que un bañito para terminar de quitarnos de encima ese invierno que arrastramos desde la Península? Date un chapuzón relajado en **Las Teresitas**, cerca de San Andrés, al ritmo de la música y de alguna bebida refrescante en uno de sus múltiples chiringuitos. O anímate con algunas de las piscinas naturales más emblemáticas de la isla: las de **Bajamar**, abiertas a la furia del Atlántico, las de **El Caletón**, en Garachico, sobre la colada de la última gran erupción de la isla en el siglo XVIII, o las ligeramente modificadas por el ser humano: el **Parque Marítimo de Santa Cruz** o los **Lagos Martiánez** en el Puerto de la Cruz.

En estas dos últimas se paga una entrada de cinco euros y su interior alberga pequeños paraísos de agua salada, lava negra y cócteles tropicales al borde —o incluso dentro— de la piscina. ¡Os lo recomiendo!



Descargando adrenalina

Si eres de las que necesitas un chute de adrenalina para empezar a funcionar y prefieres algo más movido, tienes un mundo para elegir. Si te gusta conducir, sencillamente saborea el espectacular paisaje —y las curvas— hasta llegar a **Taganana**, en el norte, o **Masca**, en el oeste, donde además podrás contratar una actividad para recorrer el fondo del barranco del mismo nombre. Si la conducción no es lo tuyo y no te mareas, ámate a disfrutar de una **excursión en barco** —o a alquilar el tuyo propio, sin necesidad de título— desde Los Gigantes para avistar cetáceos.

Si te gusta la actividad física, puedes adentrarte en la infinita **red de senderos que ofrece el Parque Nacional de las Cañadas del Teide** o incluso animarte a coronar la cumbre del pico más alto de España (3700 msnm). Pero, ojo, recuerda que para esto necesitarás un permiso oficial que debes solicitar con meses de antelación. Si no dispones de él, únicamente podrás llegar, caminando o a bordo del **teleférico del Teide**, a la estación de este último, a unos trescientos metros de la cumbre. Eso sí, aunque vengas en bañador desde la playa, hagas lo que hagas no olvides echar al coche ropa de abrigo y botas de montaña, porque en solo una hora el paisaje y la climatología cambiarán por completo. Es la magia del Teide.

Si no te agobia el mundo subterráneo, podrás sentirte espeleóloga visitando uno de los seis mayores tubos volcánicos del mundo, **en la Cueva del Viento**, en Icod de los Vinos.

Y si TIENES que ser necesariamente protagonista de la acción, para sentir que controlas algún aspecto de tu vida —algo que todas necesitamos a veces—, aprovecha tu estancia en Tenerife para iniciarte en algo. ¿Por qué no probar el **kite** o el **windsurf** en El Médano o lanzarte a las olas sobre una tabla en la playa del Socorro? ¿Por qué no animarse con el **submarinismo** en Las Eras o las Galletas, el **paddle surf** en San Andrés o el **parapente**, lanzándote en tándem sobre el Valle de la Orotava desde la Carretera de la Esperanza?





Recuerda, guerrera, que los límites los pones tú. Y solo tú. Y si te apetece cualquiera de las cosas sugeridas o incluso se te ocurren otras que no he mencionado, ¿por qué no hacerlas?

Y algo mucho menos épico, pero no menos importante: todas estas actividades cuentan con interesantísimos monitores cuyo objetivo es hacernos un poco más felices. No desaproveches la ocasión y vive, que la vida solo se vive una vez.

Espacios diferentes

Y como la actividad, o incluso pensar en ella, tiene la virtud de despertarnos el apetito (por lo menos a mí), os propongo salir de las propuestas gastronómicas universales y animaros con las exquisitas —y muy desconocidas— especialidades canarias. Probad las lapas o el pulpo guisado en cualquier **Cofradía de Pescadores**, como la de **San Andrés**, la de **Calendaria** o la de **Puerto de la Cruz** (con bellísimas vistas sobre la antigua muralla). Deleitaos con peces como el cherne, que está bue-



nísimo, o la vieja, especialidades locales, en los restaurantes de **Tajao** o **La Caleta**. Degustad una deliciosa combinación de vinos y quesos canarios en la espectacular **Casa del Vino de Tacoronte**; regalaos una parrillada de carne en la **Cueva Caprichosa** de Santa Cruz y vivid la experiencia de un guachinche, ¡adoro los guachinches! Son sencillos, económicos y riquísimos restaurantes locales que producen su propio vino y suelen hacer un pollo a la brasa, entre otras cosas, que te hará chuparte los dedos. La mayoría de ellos se encuentran en el norte de la isla, entre las localidades de La Matanza y la Victoria, pero en el sur podéis encontrar joyitas como **El Cordero**. ¿Cuántas oportunidades en la vida tenéis de comer en el interior de una platanera y llevaros parte de la decoración como postre?

Non-stop

La siesta no está contemplada en nuestra agenda. No hay tiempo que perder. Las que tengáis inquietudes culturales podéis aprovechar la primera hora de la tarde para conocer alguno de los museos de la isla, como el de **Arqueología y Naturaleza en Santa Cruz** o el **antropológico del Puerto de la Cruz**.



Podéis recorrer **La Casa de los Balcones** en la Orotava, una auténtica muestra de la vida en la isla congelada en el tiempo. O pasear sin rumbo definido por el centro de San Cristóbal de La Laguna, un **casco histórico** de estética colonial, Patrimonio de la Humanidad, cuyas edificaciones se convertirían en el modelo de las que los conquistadores españoles trazarían en las capitales del Nuevo Mundo. Con fervor o sin él, es muy interesante visitar la **Basílica de Candelaria**, en la localidad del mismo nombre, donde todos los años, el 15 de agosto, se produce una peregrinación masiva, desde cualquier punto de la isla. Y a su lado, las estatuas de los menceyes, los reyes guanches que gobernaban la isla hasta la llegada de los españoles en el siglo xv. Paganismo y catolicismo en una misma avenida. La vida misma.

Si preferís los espacios naturales, podéis acercaros al **Jardín Botánico del Puerto de la Cruz** o a Icod de los Vinos para ver el **drago milenario**, una auténtica joya viva de la que se afirma que tiene unos ochocientos años de edad. Y si necesitáis una escapada un poco más larga, alejándoos de la ciudad, el **Sendero de los Sentidos en el Parque Rural de Anaga**, entre la bruma y la laurisilva, os transportará al pasado. Y oye, entre nosotras, siempre está la remota posibilidad de que esa bruma os haga vivir un viaje en el tiempo, de esos que escribo y tanto os gustan. ¿Os imagináis? Y para quienes os estáis preguntando cuándo podemos hacer una pausa para equiparnos con algún modelito divino,

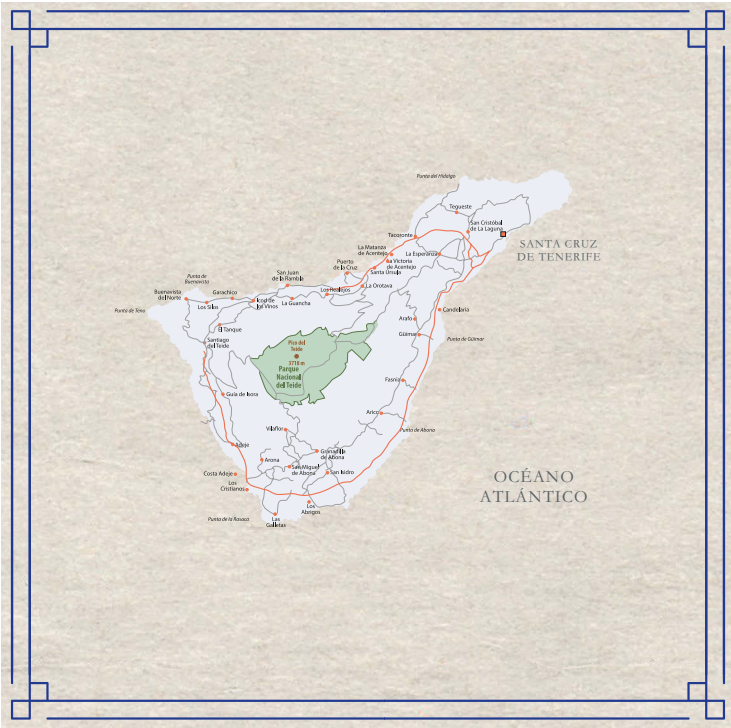




ropa playera, sandalias cómodas o algún accesorio, este es el momento. **El Centro Comercial Playa del Duque** en Adeje, el **Meridiano** en Santa Cruz o el centro del Puerto de la Cruz son un complemento perfecto a la oferta de mercadillo playero que encontraremos en toda la zona de Adeje y Los Gigantes.

Para comprar gastronomía local, frutas o flores, o incluso solo para pasear, hay que adentrarse en **Nuestra Señora de África**, un mercado de estética colonial en el mismísimo corazón de Santa Cruz de Tenerife.

¿Y qué comprar en las islas que no se pueda encontrar en otro sitio? Pues, por ejemplo, **vino submarino**, madurado a quince metros bajo el Atlántico. O el exquisito vino —que no licor— de plátano, llamado **Platé**. Para lucir, sin duda, la espectacular **bisutería de lava y olivina**. Y para cuidarnos e hidratarnos, el **aloe vera**. Local y buenísimo. Podéis incluso animaros a visitar la finca donde se cultiva y se procesa.





Hasta que el cuerpo aguante

Los mejores *chill outs* con vistas están en la costa oeste, enfrentando el atardecer en el mar, como el **Boreal**, en Buenavista, o **La Baranda**, en Tacoronte. Las noches del **Siam Park** son una apuesta divertida y segura, que combina música, luces y bebida en un parque acuático con oferta nocturna. Yo particularmente estuve durante el día con mi hija Sandra y mis amigos Enrique y Eduardo, y madre mía, lo bien que lo pasamos y la de anécdotas divertidas que nos ocurrieron. Por lo tanto, ¡os lo recomiendo!

Si buscas algo más tranquilo, donde compartir charlas y risas bajo las estrellas, la autenticidad y la sencillez se dan la mano en el **Chiriguito Pirata** de El Médano, donde la cerveza Dorada y las raciones se sirven en mesas de madera, sobre la arena, a pocos metros del mar. Un lujazo, la verdad. Pero la marcha-marcha, de esa que te hace bailar y estar hasta las tantas, está en el sur, en el entorno más turístico y donde están todos los guiris, que es la zona de Adeje, Los Cristianos y las Américas. Es ahí donde se encuentran las discotecas, el ambiente de madrugada, los *pubs* ingleses en mitad de la isla y un aire ecléctico y cosmopolita. **Achamán, Magic Lounge, Papagayo** son algunas de las mejor valoradas, pero siempre encontrarás a alguien que conozca algún otro lugar que te sorprenderá. Si lo encuentras, no dudes en decírmelo. Me encantará saberlo.



Un *brunch* para confesarse

Y al día siguiente, por si la resaca pasa factura y el cansancio ha hecho que te levantes a horas intempestivas, perdiéndote el desayuno del hotel, siempre nos quedarán los *brunchs*. **Las Terrazas**, en el parque de los Lavaderos del Sauzal, ofrece un entorno idílico en mitad de unos jardines de ensueño con vistas al Atlántico y con una luz tan increíble que te impedirá quitarte las gafas de sol. Si prefieres un entorno más urbanita, adéntrate en la **Casa Museo de Cayetano Gómez Felipe**, en San Cristóbal de La Laguna. Su patio empedrado lleno de plantas en una edificación del siglo XVII hará que te transportes a otra época.



¿Qué mejor para una mañana de confesiones con tus amigas que un lugar fuera del espacio y el tiempo conocidos?

Canarias, mucho más que Tenerife

Pero Canarias, por supuesto, no es solo Tenerife. Sería injusto que me quedara solo aquí, pues toda Canarias para mí es especial. El archipiélago tiene otras islas que, cuando te decides a mirarlas sin prisa, te atrapan de una manera muy distinta. Yo he ido llegando a ellas a lo largo de los años, a veces en una de esas avionetas Binter de hélices, donde te dan una riquísima chocolatina que me vuelve loca, como en una película, otras en ferry, viendo cómo la isla se agranda ante mis ojos. Casi siempre con amigas o con familia y con la sensación de que cada isla tiene su propio carácter... y su propio humor.

Gran Canaria fue una de las primeras en enseñarme que aquí no todo es playa, aunque las tenga espectaculares. Recuerdo aterrizar y sentir en Las Palmas esa mezcla tan suya de ciudad y vacaciones, empezar suave por Las Canteras, pasear por Vegueta, perderme entre calles antiguas y luego, casi sin darme cuenta, acabar en carretera rumbo al interior. Teror, Arucas, Agaete..., pueblos que huelen a pan dulce, a café y a calma. En Artenara entré por primera vez en una casa cueva y pensé que vivir ahí debía ser como estar abrazada por la montaña. Más arriba, el Roque Nublo imponía sin decir nada, y en la zona de Risco Caído entendí que esta isla tiene una memoria muy larga. Yacimientos como Cueva Pintada, Cuatro Puertas o la Necrópolis de Arteara son lugares que no te hablan de épica, sino de vida cotidiana antigua. De gente que ya estaba aquí mucho antes de que llegáramos.

Una noche subimos al observatorio astronómico de Temisas a ver estrellas. Sin postureo. Sin discursos. Solo cielo limpio, silencio y amigas comentando bajito lo pequeñas que somos. Al día siguiente, contraste total: Mogán, Maspalomas, dunas infinitas, mar, risas más infinitas aún, y la sensación deliciosa de que Gran Canaria no te obliga a elegir porque lo es todo. De hecho, desde hace años, cada verano, regreso a un maravilloso hotel de la isla que está en Maspalomas, donde me hacen sentir como en casa.



Lanzarote llegó después, y llegó fuerte. Cada vez que aterrizo allí tengo la misma sensación: la de que no se parece a nada. La tierra negra, el calor que sube del suelo, el paisaje casi lunar. Luego viene La Geria, con sus viñas imposibles, y te preguntas cómo demonios crece algo ahí. Y crece, sí. Como tantas cosas que se saltan las leyes de la probabilidad.

He paseado por Teguiise sin prisa, he bajado a Playa Blanca a comer pescado mirando el mar y he acabado más de una noche en Puerto del Carmen, riéndome, bailando un poco más de la cuenta y pensando que Lanzarote, cuando se lo propone, también sabe ser nocturna.

En Arrecife aprendí a mirar la isla desde otro ángulo, más cotidiano. Papagayo fue puro disfrute: kayak, *snorkel*, agua clara, piel salada y ese cansancio feliz que solo da el mar. La Cueva de los Verdes y los Jameos del Agua me hicieron volver a bajar la voz, y en El Golfo, frente al Charco Verde, me quedé un rato largo mirando el contraste imposible de colores. Y el Mirador del Río, de Manrique, el gran «constructor» de la isla, el que entendió que la obra humana está para acompañar a la naturaleza y no para sustituirla, fue la despedida perfecta. Magia pura. Lanzarote desde arriba, tal como es, sin filtros.

La primera vez que fui a **Fuerteventura** su calma, su ambiente, su todo, me hizo pensar si mi vida era la que yo quería o si tenía que atreverme a hacer cambios. Y sin duda hice cambios. Allí todo parece más ancho, más lento, más despejado, más calmo. Recuerdo llegar a Corralejo y sentir que el tiempo se estiraba. Caminar por las dunas, coger un barco a la Isla de Lobos y mirar el agua sin pensar en nada más fue realmente bueno para mí. En Cofete, con la Casa Winter observando todo desde su misterio, entendí que hay playas que no están hechas para tumbarse sin más, sino para sentir la historia en ellas, incluso con un leve escalofrío. Para compensar, Sotavento fue todo lo contrario: viento, risas, pies mojados y libertad.

Pasé por Betancuria, por Villaverde y sus molinos, por Puerto del Rosario y Morro Jable, y en Tindaya sentí algo difícil de explicar: que hay montañas que no impresionan por su altura, sino por esa magia que aún transmiten, y que parece devolvarte a tu lugar en el *puzzle* del mundo, como en una película de *Avatar*.



La Palma llegó con más intensidad. Ahí fui con mi familia. Mamá, tíos, primos, hija..., y ¡uf, qué bien lo pasamos! Santa Cruz es bonita sin presumir, y caminar por sus calles llenas de preciosos balcones es hacerlo por una ciudad que no tiene prisa. En la Caldera de Taburiente sentí esa mezcla de agotamiento y euforia que solo da la montaña; en Los Tilos, la sensación de que el verde y la humedad te acogen. Y en el Roque de los Muchachos, tan alto, arriba del todo, me quedé sin palabras. Y eso es difícil.

Pero La Palma también es volcán. El San Antonio, sí, pero sobre todo Tajogaite, el más reciente, el que vimos todos desde las pantallas de nuestros televisores. Ver las coladas, los cambios, la carretera nueva, restos de viviendas que asoman aún en un mar de piedra, escuchar a la gente hablar de lo que pasó..., eso se te queda muy dentro y te apena mucho saber todo por lo que tuvieron que pasar y algunos, siguen pasando. Desde el mirador del Time, mirando hacia Los Llanos de Aridane, vi cómo la belleza y la dureza conviven a veces. Me bañé en el Charco Azul, que, todo sea dicho, ¡estaba congelada el agua!, y llegué hasta el Porís de Candelaria, y allí entendí que esta isla puede tener muchos mundos en uno.





Panorámica de La Graciosa



Faro de Orchilla



La **Isla de la Graciosa** apareció en mi vida cuando necesitaba un par de días de relax, playita y lectura. Esta isla fue reconocida como tal en el año 2018 y es una auténtica pasada. Es pequeñita, dulce y acogedora, y lo mejor, ¡no tiene carreteras!, por lo que raramente verás algún coche.

Allí la mejor opción es alquilar una bicicleta y explorar. Puedes visitar la increíble playa de las Conchas, la de la Francesa, que es tranquila y de arena fina, o la playa de la Cocina, que está frente a la impresionante montaña amarilla. También puedes subir al Mirador del Río, donde disfrutarás unas vistas de escándalo.

El Hierro fue distinto desde el minuto uno. El avión aterriza y ya sientes que estás en un sitio pequeño. Muy pequeño. Y muy muy auténtico. Bucear en La Restinga —o intentarlo— fue una de las experiencias más bonitas que recuerdo: silencio, colores, calma absoluta. El Sabinar, retorcido por el viento, parece el escenario de un *thriller*; un capricho de la naturaleza. En El Julán y el Árbol Garoé volví a sentir esa conexión mítica y antigua con el territorio, y llegar al Faro de Orchilla, donde estuvo el antiguo meridiano cero, me hizo sonreír: porque el fin del mundo —como todos los finales— siempre es relativo.

Y luego está **La Gomera**, a la que casi siempre llego en ferry. Sus altos acantilados que la hacen parecer inexpugnable se me abren repentinamente en un valle plagado de palmeras, como si fuera la isla de los cuentos de piratas o guerreras. San Sebastián, con su Torre del Conde, tiene algo especial, quizá por lo que representa en la historia entre los antiguos pobladores y los conquistadores castellanos. Pero es cuando te internas en el interior cuando ocurre la magia. En Hermigua, en Vallehermoso, en Agulo, todo es verde, lleno de curvas y miradores que te obligan a parar para poder procesar las sensaciones. Y Garajonay, con su laurisilva y su humedad constante, que parece inventado para filmar una película de dinosaurios.

Desde Abrante miré el valle con una mezcla de vértigo y fascinación. En Valle Gran Rey vi caer el sol muchas veces, sin cansarme. Y aunque la isla es el paraíso de los senderistas, siempre aparece alguna playa pequeña, recóndita, para recordarte que sigues estando en Canarias. En un PARAÍSO. Y que eso, guerreras y guerreros, aunque no siempre nos paramos a pensarlo, es un privilegio absoluto.





Delicias locales

En cuestión de bebidas, los chicharreros, como cariñosamente se conoce a los tinerfeños, apuestan por el dulce. Ese es el sabor que impera en la más internacional de sus bebidas, una con reminiscencias caribeñas y el color dorado que aporta el ron de caña, denominada ronmiel. En chupito frío o en vaso largo con hielo es un clásico de las sobremesas que duran horas y horas. Como también lo es el barraquito, ¡me encantaaaa! Una combinación para el gusto y la vista, pues el café, el licor y la leche condensada forman delicadas capas que da pena mezclar para disfrutar de su característico sabor. Te sorprenderá lo pronto que aprenden los extranjeros a pronunciarlo. Eso sí, cada lugar tiene su propia fórmula y es tan secreta como la de la coca cola.



Un paseo por la historia

Las imágenes de un pasado en ocasiones difícil de desentrañar y en el que quizá no habías pensado te sorprenderán por toda la isla. Estatuas de menceyes, leyendas de barrancos encantados como el de Badajoz, de lugares increíbles como la Cueva de las Mil Momias, de proyectos fantasma como el santuario de Abades, de nativas desdeñosas que provocaron la muerte de sus pretendientes, como Amarca; o de corsarios buenos que repartían su botín entre los pobres, como Amaro Pargo. Todo ello forma parte de su identidad y su mezcla de credos y culturas, por lo tanto, aprovecha que estás ahí y ¡idisfrútalo!